Filosofía y estupidez (nota sobre G. Deleuze)

ASUNCION MARTINEZ MELLADO

"La estupidez es la bestialidad propiamente humana" (G. Deleuze)

La reflexión sobre el mundo actual, la observación de este universo de racionalidad, ciencia, técnica y organización, nos proporciona una enorme inquietud, pues bajo toda esta apariencia de orden y racionalidad percibimos constantemente una gran carga de "estupidez", de crueldad, maldad, mezquindad, locura, miseria y brutalidad.

La inquietud aumenta cuando observamos que la razón misma, la ciencia y la técnica, se ponen al servicio de poderes cínicamente destructivos. El rearme, la explotación del tercer mundo, la destrucción de la naturaleza, el racismo, el mantenimiento y provocación de un estado de guerra en las regiones periféricas, parecen obras de la estupidez humana más que de su inteligencia o pensamiento. Tal situación provoca cuando menos la perplejidad que nos lleva a preguntarnos: pero ¿cómo es posible la estupidez?

Sin embargo, este problema, en cuanto que se pretende radical, ha de ser planteado como una cuestión propiamente trascendental en el sentido técnico del término, no de hecho sino de derecho. Lo que aquí entendemos por estupidez no es simplemente un rasgo del carácter, una deficiencia de la inteligencia o un error accidental. Escapa a una consideración meramente psicológica o cultural y tiene en demasiadas ocasiones el triste rostro de lo necesario. De acuerdo con G. Deleuze hemos de afirmar que la estupidez, la crueldad, la bajeza, no son simplemente potencias corporales o hechos de carácter y de sociedad, sino "estructuras del pensamiento como tal" (1).

Plantear en estos términos el problema de la estupidez supone abandonar el postulado de la *Cogitatio natura universalis*, de un pensamiento natural que, por

el mero hecho de existir, se afirma como una actividad continua, implícita o explícita, del ser humano. El cogito cartesiano sería la formulación más cabal de esta fe en una razón siempre presente y activa. En contra de esto, habría que decir con Heidegger que el pensar es una posibilidad cuya efectividad no está garantizada por el mero hecho de existir como capacidad: "El hombre puede pensar en cuanto tiene posibilidad de hacerlo, mas tal posibilidad no es una garantía de que seremos capaces de realizarla" (2).

Frente al optimismo de una concepción del pensamiento como actividad fluyente y espontánea habría que oponer la sospecha de que sólo se piensa a la fuerza, venciendo la inercia que nos es propia. Siendo esto así, el pensamiento permanecerá estúpido mientras nada lo fuerce a pensar, quedando configurada la estupidez como la ausencia de pensamiento, su impotencia más profunda.

Sin embargo, estructura ambigua, la estupidez es tanto la imposibilidad del pensamiento como su estímulo más imperioso, pues no es simplemente una dificultad de hecho para pensar, sino "de jure". Concierne y afecta a la esencia misma de lo que significa pensar, dice Heidegger: "Lo que más da que pensar es que todavía no pensamos" (3). Nos aparece clara en esta frase la ambigüedad de la relación entre pensamiento y estupidez, pues, siendo ésta la imposibilidad misma del pensar, su abismo, es al mismo tiempo su más fuerte impulso.

¿Qué puede significar el que la estupidez sea la mayor impotencia del pensamiento y, paradójicamente, su más alto poder en tanto que es lo que lo fuerza a pensar?

Para entender esta afirmación es preciso remontarse a la definición clásica del hombre como animal racional. Dicha definición considera el pensamiento como la forma implícita de la especie humana, frente a las formas explícitas de los animales (los instintos). De este modo queda excluida la estupidez, la otra cara del pensamiento, de la definición de lo humano, es decir, se parte de la identidad de la especie y el género y se excluye la diferencia. El pensamiento es concebido entonces como un representar o un reconocer lo mismo y lo idéntico.

Por el contrario, pensar la estupidez como la otra cara del pensamiento es situar la génesis del pensamiento en el pensamiento mismo, siendo precisamente esa indeterminación de lo humano como estupidez lo que lo hace posible. Deleuze lo expresa así: "Ese indeterminado, ese sin fondo es también la animalidad propia al pensamiento, la genitalidad del pensamiento: no tal o tal forma animal, sino la estupidez" (4). Es esa ausencia de determinación en el fondo lo que hace surgir el pensamiento, desmintiéndose su carácter innato y abandonando tal concepción. Por tanto, la definición del hombre como animal racional ha de ser abandonada desde el momento en que concebimos el pensamiento como algo excepcional, resultado de una fuerza interna que lo violenta, y no como un don de la especie, desde el momento en que abrimos las puertas a todo aquello que ha sido

rechazado en el espacio de la exclusión: la estupidez, la locura, la subnormalidad. Todo ello constituye nuestra imagen menos querida, la de más necesaria contemplación.

Para Deleuze el problema de la génesis del pensamiento ha de plantearse entonces en términos de individuación y no de especificación. Según él, la individuación no es ni una cualificación, ni una partición, ni una especificación, ni una organización (5). El individuo no es tampoco una especie ínfima, puesto que no está compuesto de partes. La individuación ha de ser referida a campos de intensidad, que no adoptan, por otra parte, la forma del Yo. La individuación es anterior a la diferenciación y constituye "el acto de la intensidad que determina las relaciones diferenciales a actualizarse, según líneas de diferenciación, en las cualidades y extensiones que crea" (6).

En consecuencia, el individuo se hallaría en la más estrecha relación con un fondo puro, informe, que sube con él a la superficie. Ahora bien, mientras que los animales están en cierto modo precavidos contra ese fondo, por las formas explícitas que lo determinan, el hombre, se halla indefenso contra una subida del fondo, donde todas las formas pensadas se disuelven. Por eso es la estupidez, y no tal o tal forma animal, lo que nos aparece como la animalidad propiamente humana, al responder a esa "relación en la que la individuación hace subir el fondo sin poder darle forma".

Esta indeterminación propia de lo humano constituye por un lado la impotencia del pensar, pero por otro, es la fuente de su más alto poder, ya que ella es la que nos fuerza a pensar. Es preciso, pues, que "el pensamiento como determinación pura afronte ese sin fondo que es lo indeterminado" (7).

Esta concepción del pensamiento y de su génesis responde a las necesidades de un planteamiento más general, la realización de una filosofía de la diferencia frente a la filosofía de la representación. En efecto, esta teoría del pensamiento hay que situarla en el marco de un planteamiento ontológico y gnoseológico más general de la filosofía de la diferencia elaborada por Deleuze. Por una parte, en el terreno gnoseológico Deleuze presenta una teoría capaz de dar cuenta de lo otro del pensamiento o de su diferencia, esto es: de la estupidez. Tal teoría tiene como modelo el "encuentro" (lo que nos fuerza a pensar es objeto de un encuentro) frente al "reconocimiento" como modelo propio de la filosofía de la representación. También entraña una nueva teoría de las facultades y una nueva dialéctica de las ideas. Por otra parte, en el terreno ontológico, Deleuze elabora lo que denomina un "empirismo trascendental", basado en la noción de intensidad, como pura diferencia en sí o ser *de lo* sensible, a partir de lo cual el ser es pensado en su devenir y en su constitución con un mundo de individuaciones impersonales y de singularidades preindividuales.

La filosofía de la representación ha postulado el error como lo único "nega-

tivo" del pensamiento. De esta forma, se admite que podamos equivocarnos en el uso de las categorías, pero sobre todo se nos garantiza que somos inteligentes. El uso de las categorías constituye así el *a priori* de la estupidez excluída (8). Dice Foucault:

> "La inteligencia no corresponde a la estupidez, es la estupidez ya vencida, el arte categorial de evitar el error. El sabio es inteligente. Sin embargo, es el pensamiento quien se enfrenta a la estupidez y el filósofo quien la mira" (9).

Excluir de antemano la estupidez nos asegura la inteligencia y una determinada forma de conocer, pero hace imposible el pensar. Crea un espacio de seguridad desde donde es posible ejercer un poder, delimitar el ámbito del sentido y de la acción, mientras que adentrarse en el abismo del pensar es arriesgarse a ver abolidos todos los principios, disueltas todas las imágenes, rotos todos los espejos.

La ciencia se nos aparece entonces del lado de la inteligencia, de la estupidez excluida, por lo que en ella no se puede decir que se dé el pensar, pues se sustrae a lo que fuerza a pensar. También la filosofía, al haberse mantenido hasta ahora en el ámbito de la representación, fundando así la ciencia, no puede ser más que un obstáculo para el pensar. Dice Heidegger:

> "El ocuparnos de la filosofía es lo que más persistentemente puede sumirnos en el engaño de que estamos pensando, ya que estamos *filosofando* sin cesar" (10).

A pesar de todo, habría que decir con Foucault que, frente a la ciencia que excluye a la estupidez y al pensamiento que le hace frente, la filosofía la mira, pues, en tanto es capaz de autocriticarse y denunciar su propia estupidez, "que no piensa", se sitúa en el camino del pensar. Aún más, la filosofía se hace así necesaria, pues mientras que la ciencia y otros poderes existentes viven en la estupidez y, lo que es peor, la imponen a su alrededor, la filosofía ha de denunciarla allí donde aparezca. La filosofía sirve para detestar la estupidez, hace de la estupidez una cosa vergonzosa, denuncia en todas sus formas la bajeza del pensamiento (11).

NOTAS

1. Deleuze, G.: *Différence et répétition*. P.U.F., París 1976, pág. 196.
2. Heidegger, M.: *¿Qué significa pensar?* Ed. Nova, Buenos Aires 1978, pág. 9.
3. Heidegger, M.: o.c. pág. 39.
4. Deleuze, G.: o.c. pág. 353.
5. Deleuze, G.: o.c. pág. 318.
6. Deleuze, G.: o.c. pág. 317.
7. Deleuze, G.: o.c. pág. 353.
8. Foucault, M.: *Theatrum philosophicum*. Ed. Anagrama, pág. 37.
9. Foucault, M.: o.c. pág. 39.
10. Heidegger, M.: o.c. pág. 11.
11. Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*. Ed. Anagrama, Barcelona 1971, pág. 149.